

# EN TONTILANDIA

## Séquito Salvador

De nada se quejan tanto los tontilandeses, como de la falta de gobierno.

Cualquiera al oírlos pensaría que la felicidad que echan de menos se debe exclusivamente a la escasa actuación, pasividad o apatía de sus gobernante.

Nada más erróneo. Si hay en el mundo un gobierno dinámico que, en punto a discurrir innovaciones *ni se da* reposo él mismo ni da reposo a los demás, es el de Tontilandia.

Todo, desde la hora de levantarse hasta la de tomar tranvía está prolijamente reglamentado en la desdichada isla.

Cada mañana el tontilandés, después de imponerse por los diarios de la hora oficial que *regiráse* día, debe preguntar al Departamento de *D*Ma-nutrición qué guisos le *aportecen* al gobierno para su almuerzo matutino, qué clase de desayuno ha prescrito a sus hijos escolares, a fin de que no aprendan las lecciones, cuánto tiempo ha de destinar al ocio para en-trabar la producción, qué drama o película tendrá esa noche que dejar de ver, y cual tranvía o autobús ha de tomar para ir a la oficina y vol-ver a su casa.

Esto por lo que toca a los empleados, núcleo social que en Tonti-landia - a la inversa de los parias hindúes - constituye la casta pri-vilegiada e intocable de la colectividad.

Respecto a las clases inferiores - industriales, agricultores, co-merciantes - cuyo papel se reduce a mantener a los primeros, su situa-ción, frente al afán innovador y reglamentario del gobierno, es aún más digna de lástima.

Si el isleño es agricultor, no podrá sembrar nada hasta saber si la zona en que está su propiedad ha sido clasificada como pisquera, trigue-ra, liners, tetera *u* otra parecida, pues, de no hacerlo así, por muy buena que sea su cosecha, se verá expuesto a mil contrariedades.

Si es comerciante, deberá inquirir a qué hora ha de abrir su tienda y clausurarla, a fin de no coincidir con su clientela cuyo horario también ha sido combinado con premeditación y alevosía para impedirle cualquiera compra.

Si es industrial, tendrá que preguntar al gobierno la remuneración que ha de pagar a sus obreros, y, además de ocupar la mitad de su tiempo en llenar formularios y libretas y en pegar estampillas, destinar la otra mitad a atender visitantes, inspectores y demás funcionarios, encargados de no dejarle trabajar.

Agréguense a estas circunstancias que en el régimen de economía dirigida, imperante desde hace tiempo en Tontilandia, sólo por rara excepción los encargados de encauzar las diversas actividades nacionales han trabajado alguna vez en algo o conocen de nombre el ramo cuya supervisión les fué entregada. Si por casualidad gozan de <sup>un</sup> título profesional, que los haya obligado a buscar el sustento en la política, los partidos con paternal solicitud se ingenian en confiarles otras funciones en que sea más explicable su fracaso. Así, se encarga al médico dirigir la agricultura, al contador la enseñanza musical y al ingeniero la salubridad.

Hil innovaciones a cual más novedosa y pintoresca siguen a estos nombramientos; pero los tontilandeses no se dan por satisfechos, y siguen pidiendo más y más gobierno.

Puede imaginarse su desesperación ante cualquiera posible ausencia del Jefe del Estado.

Y parece que, de propósito, el Destino les depara los mandatarios más viciados.

No es fácil para un extranjero penetrarse del motivo de tal fobia turística.

- ¡¡¡o tresendo! - repiten - ¡¡o tresendo!

Conmovido ante tan sincera angustia, me acerco a un tontilandés.

- Tranquílcese - le digo - Ustedes tienen un sistema totalitario muy perfecto. Ya les reglamentaron el trabajo, los jornales, los precios, las horas de ocio, las de esparcimiento, la locomoción, la leche, las comi-

das... Dentro de poco los reglamentarán las secreciones y acaso la respiración...

El tontilandés me mira con los ojos arrasados en lágrimas.

- ¡Cierto! - me dice - ¡Con esta falta de gobierno no se puede vivir; Ejecutivo y Parlamento se hacen fuego y luego disparan á la desbandada sobre los mansos ciudadanos. Uno dicta la ley que se le ocurre y el otro la aplica como se le ocurre y todo marcha a la bolina. Menos mal que no siempre las leyes se cumplen.

-De todos modos, - añade - un descansito no les vendrá mal. Por otra parte, el viaje será corto....

El tontilandés no puede contener el llanto.

- El viaje, es claro, será corto, - exclama - pero la comitiva lo es también: apenas ocho personas; nosotros no lloramos por el viaje, sino por la comitiva.

-¿No les satisface?

-¡Usted no <sup>no</sup> entiende! La hallamos chica, nada más. Un séquito así no nos alivia en nada. ¡Un viaje que podría ser tan útil!

- ¿Util?

- ¡Y me lo pregunta usted! Suponga que Su Excelencia, en lugar de tan mezquina compañía, se lleva a todo el Ministerio y la mitad más del Congreso y al Comisariato, y a los administradores de todas las Cajas, ¡qué maravilla, qué alivio! ¡Un mes a lo menos sin innovaciones, ni experimentos, ni decretos, ni leyes! La gente, trabajando sin tropiezos; ninguna comisión, ningún decreto de sobreproducción, ninguna alza artificial de los consumos, ningún escándalo en las Cajas.... ¡Cómo progresaría el país! ¡Ni el propio Presidente lo reconocería! Pero, con una comitiva tan chiquita... ¡Es tremendo! ¡Es tremendo!

Un tranvía que pasaba cortó el diálogo.

- Disculpe. No puedo perderlo. Es el único que pasa desde que fué solucionado el problema de la movilización...

Y cogiéndose del pie, de alguien que colgaba de la plataforma, el tontilandés se incorporó al racimo rodante.